

EL PICO DEL LORO VERSUS LORETOPEA

Imanol OLAIZOLA

Desde niño me intrigaba lo que conocí como “El Pico del Loro”, ¿de dónde vería?, ¿estaba escondido en alguna gruta? Por más que me afanaba no lograba descubrirlo. Así como en Getaria no hay que esforzarse para contemplar el enorme roedor bañándose en el mar, que conocemos como “El Ratón de Getaria”, pues tal parece el monte de San Antón visto de perfil, en nuestro caso aunque con mayor dificultad se podría descubrir el famoso “pico” o cuando menos alguien nos explicaría el origen de tal topónimo. Muchos años han corrido desde entonces y mucha más tinta de la pluma de cronistas, historiadores e ilustres escritores que con tal unanimidad han dedicado sus esfuerzos para denunciar lo que ha sido producto de la desidia e ignorancia, con casi nulo resultado hasta ahora.

¿Cómo se ha cometido este vergonzoso “estropicio” lingüístico para denominar un lugar tan aparente y cargado de historia donostiarra?

Dedicaré este trabajito a unirme a tantos que me han precedido, deseando que contribuya a “recomponer” lo que nunca debería haberse descompuesto y restituir su denominación original LORETOPEA al peñón, que separa a las playas de Ondarreta y la Concha.

En *El Diario Vasco* del pasado 28 de enero leí una interesante información con un atrayente titular: “Ondarreta esconde un tesoro” que despertó mi curiosidad. Se trataba del descubrimiento de una “ola especial” que podría resultar un referente mundial para los entusiastas del “surf”. Álvaro Vicente, autor de la noticia, añadía que “el rebote” se produce al chocar sobre la pared del “Pico del Loro”. Esta lectura me incentivó para intentar poner algo de mi parte y animar “a quien corresponda” a deshacer este ridículo error toponímico-histórico.

En lo que ahora son los jardines del Palacio de Miramar existió una antiquísima Ermita dedicada a la Virgen Loreto, de ahí que desde entonces la punta rocosa que separa las dos playas fuera conocida como LORETOPEA (al pie de Loreto). Ramón Intzagaray en su Historia Eclesiástica de San Sebastián hace mención de la dicha Ermita y refiriéndose al habla popular dice que los “arrantzales” (pescadores) que muchas veces utilizaban como referencia el peñón lo denominaban “Loreto-pia”. LORETOPEA no tiene ningún parentesco nominal con “El Pico del Loro” y este disparate es consecuencia de una sonrojante negligencia o quizá de un desmedido afán de castellanizar el nombre original en una época en que no se respetaban los valores culturales, como escribe el historiador y académico donostiarra Adrián de Loyarte en su “Anales de la Segunda Guerra carlista en San Sebastián”. Dice así: “La influencia de gentes extrañas, que inherentemente a las vicisitudes de la guerra, comenzaron ya a decidir sobre la suerte de este país, causaron una verdadera revolución en el modo de ser de las gentes. La clase que más se distinguió en este abandono o dejación de la personalidad vasca fue la clase humilde. En la clase media se miraba con cierto despego y hasta desdén, todo cuanto fuese tendencia euskariana”.

Escritores y artistas se han interesado por aspectos relacionados con la Ermita de Ntra. Sra. de Loreto y su entorno y nos han dejado abundantes testimonios vinculados a ese lugar testigo secular de tantos sucesos históricos.

Junto al primitivo Monasterio de San Sebastián (El Antiguo) que anteriormente fue regido por los Franciscanos en circunstancias muy enrevesadas y que en 1542 por Bula Papal de Pablo III sería adjudicado al Convento dominicano de San Telmo, en 1546 el mismo don Alonso de Idiáquez que años antes había fundado (intramuros) el de San Telmo, fundó también un Convento de Monjas dominicas. Fue de aquí, de donde tiempo más tarde, antes de profesar huyó Catalina de Erauso, para emprender su azarosa carrera militar tan conocida como la Monja Alférez.

Joseba Intxausti en “Un Convento en la Ciudad” nos da noticia de lo acontecido en 1516 en el Monasterio del Antiguo. La orden franciscana después de haberse establecido en Arantzazu, Sasiola y Elgoibar deseaba residenciarse en San Sebastián y con esa intención se establecieron en el Antiguo, pero a los dos meses los frailes fueron expulsados, “con armas en mano”, por la oposición de los vecinos, del Cabildo eclesiástico y del Obispo de Pamplona que, entendían lesionados sus derechos sobre la iglesia del Antiguo.

Minuciosa información ofrece la interesante “Ermitas de Gipuzkoa” de Aguirre Sorondo que precisa la situación de la Ermita de Ntra. Sra. de Loreto: “A su lado existió el Convento de las Dominicas y el cementerio del Antiguo rodeaba a la Ermita, cercado por una tapia”. El historiador donostiarra Ricardo de Izaguirre califica como “antiquísima” la Ermita

**De “Guipuzcoa - San Sebastián” de Fernando Altube:
(Colección Javier de Satrustegui Petit de Meurville)
-Técnica “GOUACHE”- Autor: Didier Petit de Meurville**



“Ntra. Sra. de Loreto”



“Ntra. Sra. de Loreto”

que se utilizaba como capilla del camposanto, próximo a la Parroquia de San Sebastián, del Antiguo. No es de extrañar el calificativo de Izaguirre pues ya Pablo de Gorosabel menciona en su “Diccionario” un documento del Conde Fernán González, que se supone otorgado el año de 939, en el que cita la susodicha Parroquia aunque no incluya el cementerio expresamente, no parece ilógico suponer que éste fuera imprescindible para aquel barrio vecinal extramuros. La Ermita de la Virgen de Loreto fue destruida (1719) durante el asedio franco-británico del Duque de Berwick, cuando San Sebastián fue víctima de las intrigas palaciegas del Cardenal italiano Alberoni, primer ministro de Felipe V, y diez años más tarde la Princesa de Esquilache cedió terrenos para su restauración y mejora en estilo clásico del XVIII. Nuevamente la guerra, en 1836 tuvo muy cerca su ruina, al ordenar el General carlista Sagastibeltza incendiar el Monasterio de las Dominicas y la Iglesia (antiguo Monasterio de San Sebastián); las llamas respetaron la Ermita de la Virgen de Loreto y las monjas se tuvieron que trasladar al Monasterio de Hua (no Uba como actualmente se conoce).

Además de los testimonios citados hay otros especialmente interesantes, debidos a los pinceles de artistas, uno donostiarra (que adjunto) y otros de quien en su estancia entre nosotros (1857-1873), como cónsul de Francia, nos dejó una interesante colección de 112 “guoaches” (al agua), varios de la Concha y entre ellos uno en que se contempla de frente la Ermita de Ntra. Sra. de Loreto y a su izquierda las ruinas del Monasterio de las Dominicas. Dice J.M.^a Unsain que “La obra de Didier Petit de Meurville es la auténtica joya de la documentación de lo que era Gipuzkoa en aquel momento”.

Laureano Gordon pintó en 1875 la acuarela cuya foto acompaño, tomada desde Ondarreta, en lo alto del peñón se ven la Ermita de Ntra. Sra. de Loreto y a su derecha el Fortín o Torreón del Antiguo construido en 1873 durante la II Guerra carlista, que formaba parte de la 2.^a línea fortificada de defensa de San Sebastián. Cuando en 1876 el Arquitecto municipal Goicoa redacta el pliego de condiciones para la subasta de derribos se incluye la demolición del Torreón. La vieja Ermita ya estaba en ruinas, castigada por el paso del tiempo y los avatares de la guerra. Existe una foto en la que se ve el Torreón aún en pie, en tanto que la Ermita está reducida a un montón de escombros y piedras, de las que utilizarán para la reconstrucción del campanario de la restaurada Parroquia del Antiguo, según testimonio del P. Aristizabal de fecha 20 de febrero de 1889, recogido por el escritor donostiarra “Txillardegí” en su libro “Antiguo”. El mismo autor añade que en 1886 el Conde de Pere Camps solicitó al Ayuntamiento: “La concesión de los restos de una capilla del Antiguo y de los terrenos contiguos para establecer una hospedería balnearia”. La Corporación municipal estudió la propuesta el 20 de agosto y la denegó, quizás la Reina Regente había ya puesto sus ojos en las propiedades del Infante D. Sebastián y del Conde de Moriana, contiguas a las del camposanto de la Ermita y que pertenecían al Ayuntamiento.

El Infante D. Sebastián era un gran artista y adquirió aquel terreno con el fin de construirse un palacete, pero no pudo lograrlo, al tener que acompañar a su sobrina Isabel II en 1868 al exilio de París. El administrador que dejó consideró interesante la explotación como cantera de la piedra de la loma contigua al cementerio, pero los picachones los manejaron con tal afán que avanzaron demasiado, provocando la protesta de los vecinos, al caer al mar restos humanos allí enterrados.

En “Del San Sebastián que fue” Juan M.^a Peña Ibáñez recoge una pintoresca información: “el gran tenor Julián Gayarre se había fijado también en Miramar e hizo gestiones para comprar los terrenos. Pero no sólo pensaba levantar allí una casa sino que quería montar una fábrica de productos químicos”. Al parecer, lo que fue el solar de la Ermita de N.^aS.^a de Loreto tuvo varios pretendientes antes de que la Reina fijara allí su veraneo oficial.

Aunque no he podido precisar desde cuándo existió la Ermita y nos debemos conformar con la calificación de “antiquísima” establecida por la autoridad de Ricardo de Izaguirre y los datos que poseemos, sí sabemos cuándo se produjo su definitiva ruina y las consecuencias que supuso para la toponimia donostiarra.

Desde los ambientes oficiales se fue “castellanizando” el toponímico original, no siempre, lo que condujo a una cierta confusión al apartarse de la tradicional histórica denominación. Petit de Meurville dos de sus obras las titula “Ntra. Sra. de Loreto” (son vistas de la Ermita) y sin embargo, a una vista de la Cocha tomada desde ese lugar la titula “Vista desde el Pico del Loro”. En la documentación correspondiente a la instalación de la Fábrica de Carbo-hidráulica “La Fe” (1863), situada donde ahora discurre el Paseo del mismo nombre, según Izaguirre se menciona el Peñón de Loreto-pea. En el “Plano General” de la ciudad del 18 de Septiembre de 1865 (Archivo Municipal de S.S.) se la distingue como “Punta del Antiguo”. El mismo Izaguirre, bajo el seudónimo “Tristán de Izaro” escribe en Mayo de 1957, refiriéndose al promontorio en que se asienta el Palacio de Miramar: –hoy “Pico del Loro”, antes “Peñón Loredo” y en realidad “Loreto-pea” (debajo de Loreto)–. En el antes citado “Antiguo” “Txillardegí” critica el “desbarajuste” creado con tan lioso nomenclátor y a los anteriormente citados añade aún alguno más “chirigotero” como el “Pico del Lorito” en vez de “Pico de Loreto”, e incluso “Pico del Oro”.

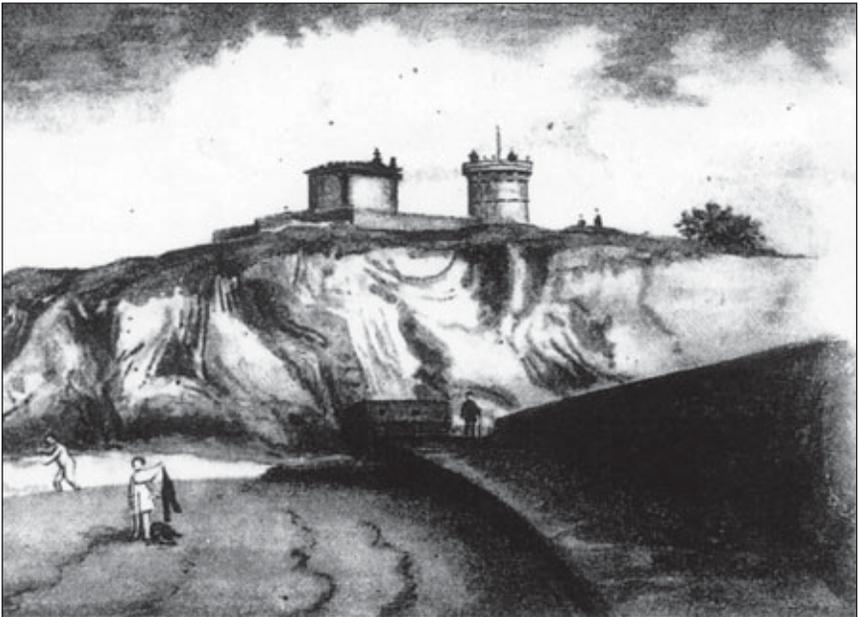
He ahí, pues, un variado muestrario que justifica el duro comentario que “R.M.” en “KOXKAS”, es decir, J.M.^a Peña Ibáñez en D.V. del 15.12.02 escribió: “Confundir por pura negligencia o por crasa tontería el pico de la Virgen de Loreto, tan sabiamente expresado en vascuence por el “Loreto-pea” tradicional, con el “Pico del Loro” o del Lorito de marras, dice poco a favor del conocimiento artístico de las cosas de la ciudad por parte de las

Didier Petit de Meurville



“Ruinas en el Antiguo. San Sebastián”
(Convento de las Dominicas y Ermita de Ntra. Sra. de Loreto)

Acuarela de Laureano Gordon (1875) - (Enciclopedia “Auñamendi”)



“Desde la playa de Ondarreta”
(En lo alto la Ermita de Ntra. Sra. de Loreto y el Torreón del Antiguo)

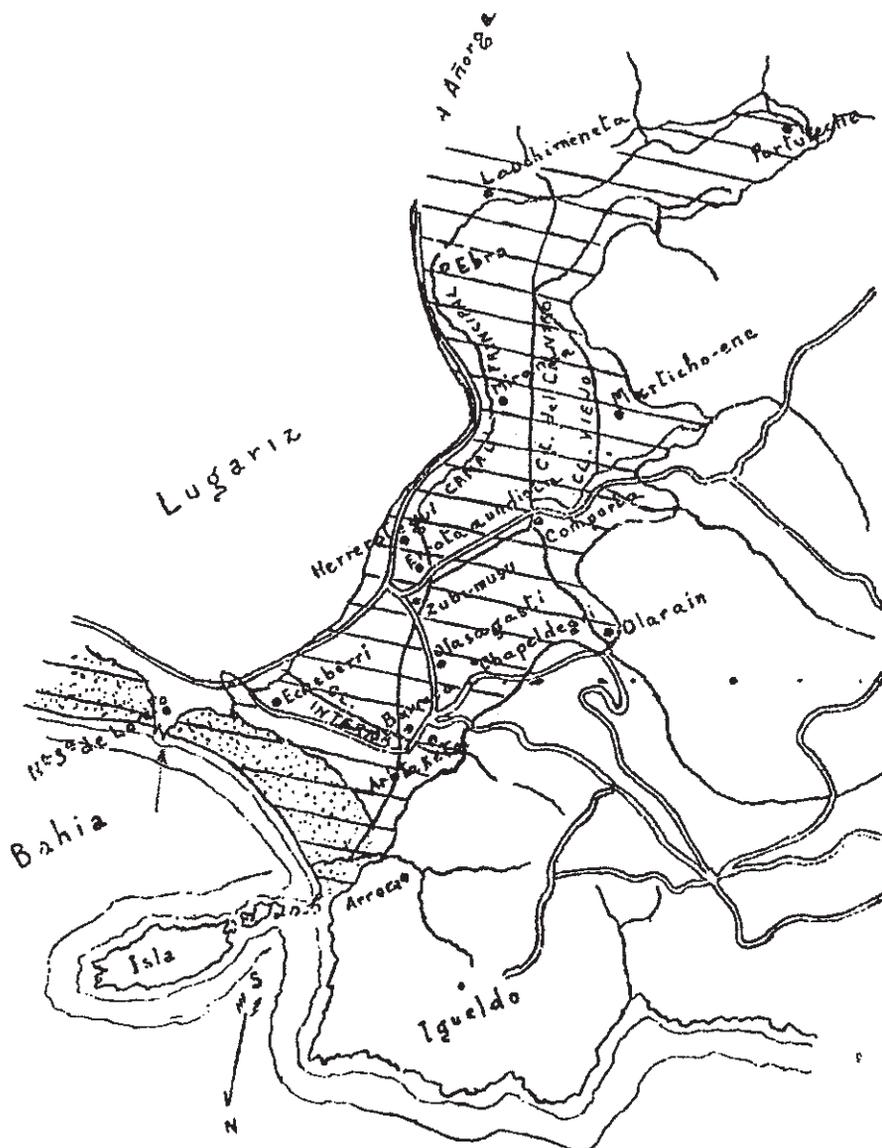
gentes que, por una u otra razón, o en una u otra forma, de ella se ocupan. La ignorancia en sí no es tan punible y lamentable como la pretensión del arquitrabe cuando no se sabe, o de hablar del loro, en este caso, como lo haría un loro auténtico, por puro mimetismo.

Sigo lo que escribía un periódico donostiarra en 1955, haciendo votos porque no vuelva a incurrirse en esta papagayada, que el “Pico del Loro” no existe más que entre gentes ignorantes de las costas donostiarras, toda vez que su verdadero nombre es el de “Loreto-pea”.

Tal vez en el origen del disparate que con tanta razón indignaba a Peña Ibáñez estuviera no solamente lo que él apuntaba, sino más bien una compleja combinación de ignorancia con mucha negligencia y seguramente lo que Loyarte denunciaba y que he mencionado antes. Aún antes de la ruina de la Ermita de la Virgen de Loreto (1876) ya se llevaban a cabo en aquellos lugares importantes trabajos de obras públicas, en gran manera influidos por la expansión de la ciudad y el derribo de las murallas, lo que suponía intensa labor de elaboración de proyectos, informes, presupuestos, etc., en las oficinas, a la par de las obras de las nuevas carreteras, del túnel, para el que abrieron una enorme trinchera, y así el arquitecto Goicoa hubo de vencer las dificultades que la mala calidad del terreno planteaba, el traslado del cementerio, el tranvía que debía unir el Antiguo con Ategorrieta y otras de menor cuantía, pero que todas ellas exigían mucha mano de obra, peonaje que procedía de los caseríos del entorno, desconocedores del castellano, su lenguaje era el euskera y los toponímicos que utilizaban eran los que de siempre conocían, a alguien ¿le puede extrañar?, que cuando se referían a los terrenos del peñón dijeran: “Loretope’ko...” (de Loretopea...). Quien esto oyera, incapaz de traducir correctamente la expresión popular, por su desconocimiento del euskera, asociara “macarrónicamente” con “Loreto Pico” y de ahí a las ya comentadas “payasadas” se fuera pasito a paso, convirtiendo un lugar de importante historia donostiarra en paraje de irrisión.

Para contribuir a reparar este desafuero, voy a recordar algunos hechos históricos que tuvieron por escenario aquellas cercanías. A los sitiados por el General carlista Sagastibeltza en la 1.^a Guerra les ayudaba la Legión inglesa mandada por el General Lacy Evans quien ordenó –según Izaguirre– apoderarse de las baterías enemigas emplazadas en Lugariz, dando el asalto desde los Juncales en tanto que la fragata británica el “Fénix” bombardeaba las posiciones carlistas.

La vega de los Juncales según un croquis a mano que el mismo Izaguirre aporta en sus “Estudios acerca de la Bahía de San Sebastián” procedente del Archivo de S.S. (que aquí adjunto) contorneaba a Lugariz y llegaba hasta la playa y el Monte Igueldo.



*Plano esquemático de la vega
de los Juncales.*

INDICACIONES Rayado oblicuo, *terreno de vega*; punteado, *playa*;
línea sencilla, *arroyos y canales*; línea doble, *caminos*;
puntos gruesos, *caseríos*.

Este croquis de mediados del XIX expone con detalle lo que era la vega, que causó varias epidemias de paludismo por el estancamiento de las aguas, por inundaciones o por las que provenían del arroyo de Arroca y Añorga y no llegaban a la bahía, cegadas las zanjas y el canal principal por el aporte de fango y arenas. Izaguirre menciona la epidemia del verano de 1814 que provocó un estudio para el drenaje del canal y zanjas. Los peritos recomendaron construir una presa de cal y canto en el principio del canal interior llamado Lorito-Echeberria. (Que era el trozo de vega próximo al peñón de Loreto-pea). Observando el croquis vemos que el caserío allí situado era “Echeberri”, ¡¡sin más!! ¿De dónde y cómo surgió el postizo mote que iba a desfigurar el de la advocación de la Ermita que desde lo alto de la loma presidía la vega de los Juncales e iba a estar en el origen de la “papagayada” que silenció a LORETO-PEA? ¿Pudo ser el estudio encomendado por el Ayuntamiento a los peritos en 1814, para combatir la epidemia de paludismo, el que introdujo al enredador “lorito” que tanta confusión infiltró y que algo más tarde se completó con el “pico” en lugar del “peko”?

Volvamos a la Legión británica que debía atravesar el promontorio de “Loreto-pea” poniéndose al descubierto ante las baterías carlistas. Para evitarlo, perforaron las rocas de la punta con el túnel que desde entonces lo conocieron como “Ingle-zulo”. Este boquete debilitaba en gran manera la defensa natural y pasada la guerra, su inminente ruina podría causar desgracias. Ante ello, el ingeniero Sr. Peironcely propuso el cierre urgente, consolidando la barrera natural con unos 80/100 m³ de mampostería, lo que previa R.O. se ejecutó en 1855.

El estudioso escritor donostiarra Muñoz Echabeguren en “Anales de la Primera Guerra Carlista en San Sebastián” ofrece detallada información de las acciones bélicas del 5 de Mayo de 1836; el General Evans atacó de madrugada para desalojar a los Carlistas de sus posiciones, comenzaron a combatir en la cuesta de San Bartolomé, antes de llegar a Lugariz, extendiéndose la batalla hacia la Concha. La lucha fue encarnizada, 250 muertos y el número de heridos “elevadísimo”. El General Sagastibeltza murió en el caserío Pintore de Lugariz, a consecuencia de las heridas recibidas y los carlistas tuvieron que batirse en retirada a Hernani que era su plaza fuerte.

Relacionado con el mismo General Lacy Evans, el “puntillosísimo Archivero Municipal, Baldomero Anabitarte”, así lo califica Fernández Albaladejo en “La Historia de Donostia-San Sebastián”, dejó escrito en su obra: “Gestión del Municipio de San Sebastián en el siglo XIX”: “El General Lacy Evans redactó en vascuence una Orden”. Curioso contraste el de este alto mando británico con lo que entre nuestros antepasados sucedió en la misma época.

En la 2.^a Guerra Carlista volvieron a ser los mismos lugares escenario de cruentas luchas y la Ermita de Ntra. Sra. de Loreto tuvo la cercana compañía del Torreón de la Antigua construido en 1873 y que juntos acabarían su existencia en 1876.

En el posterior año de estas luchas fratricidas los carlistas seguían sometiendo a un continuo bombardeo a Donostia a la que tenían sitiada, rodeada de un cinturón artillado, pero sobre todo no dejaban de hostigarla desde las baterías emplazadas en el monte Arratsain. Una de sus últimas víctimas fue el celebrado y tan querido Bilinch a quien uno de aquellos terribles “pepinillos” que penetró en su propio domicilio en día tan señalado como el 21 de enero segó las dos piernas. Era conserje del Teatro Principal y por esto algunos creen que allí habitaba, pues no era así, ya que su vivienda estaba en la Avenida 34, de cara a Arratsain, de manera que el proyectil entró por el hueco de la fachada.

A los pocos días se dio una de las más sangrientas batallas de aquella contienda, el 29 de enero de 1876 fue la última y pírrica victoria carlista.

Según el origen de la información que se recoja parece distinto el resultado de la batalla de Mendizorrotz. Lo que no pueden ocultar ni unos ni otros es el doloroso número de bajas. Más de setecientas entre los dos bandos, si entre los carlistas fueron un coronel y un teniente coronel los muertos, dos coroneles cayeron en el campo liberal. Después de un comienzo victorioso y un avance en profundidad de las fuerzas mandadas por el General Morales de los Ríos, una resistencia feroz, cuerpo a cuerpo, con cargas a la bayoneta pararon el avance y la llegada de tropas de auxilio hicieron retroceder y ordenar la retirada a quienes creían segura la victoria.

Después de este “paseo” de un donostiarra por nuestra historia y pisando tierras y lugares que fueron mudos testigos de parte de ella, creo llegado el momento de plantear la pregunta: ¿Habrà llegado la hora de que nuestro Ayuntamiento decida por “fidelidad” señalar el jardín del Palacio de Miramar dotando a tan bello lugar de la información histórica que por “lealtad” le corresponde?